



Foto de Steve Johnson en Unsplash

H.

HOMENAJE

Recuerdo de Javier Heraud*

JAVIER SOLOGUREN

Aunque corto el lapso de amistad con Javier, mi memoria me lo devuelve como un acontecimiento feliz y gratificante. En 1960 había iniciado yo, llevado por mi vocación poética y mi afición a las artes gráficas, este reducido y doméstico taller de imprenta, la publicación de pequeños libros-cuaderno o plaquetas-de poesía peruana o extranjera. Se llamaba “Ícaro” el taller y “La Rama Florida” la editorial.

Un día Luis Alberto Ratto, a la sazón vecino mío, me puso en mano el texto de un poema largo que, me dijo, deseaba que yo leyera. Lo había impresionado su insólita calidad. Lo leí y tuve la certeza de que era no solo un hermoso poema, sino, además, original y hondamente humano. Se trataba de *El Río* y su autor era un joven estudiante de literatura de la Universidad Católica. Su nombre: Javier Heraud.

Decidí crear una colección en la que se estrenaran las obras de poetas jóvenes que se hallaban inéditas. Le puse por título “Cuadernos del Hontanar” e invité a Luis Alberto Ratto a codirigir conmigo dicha serie que, con tan buena suerte, se inauguraba con el poema de Javier. En ella aparecieron, entre otros, los primeros textos poéticos de Luis Hernández y Antonio Cisneros.

Con este motivo, llegué a conocer al poeta y al hombre excepcional que se integraban armoniosa y fecundamente en Javier. Él fue varias veces a casa para enterarse del curso que seguía su libro. Como se hacía a mano —un trabajo artesanal llevaba su tiempo—, me dio ocasión para ir tratándolo más demoradamente. No solo yo, también mi familia que lo fue estimando y queriendo.

El Río apareció y pronto llegó a despertar un notable interés entre intelectuales y críticos. En realidad, significaba una apertura a otra especie de expresión que, apartándose con su sabia sencillez de las acumulaciones retóricas de siempre, marcaba la asunción de una ruta propia y promisoriosa.

* La versión manuscrita fue realizada a propósito de un homenaje que organizamos en el colegio Los Reyes Rojos el 15 de mayo, a veinte años del asesinato del poeta.

Luego, al año siguiente, Javier asistió a un curso de literatura que dictaba yo en la Universidad Católica. Fue ocasión de cordiales charlas y de un mayor estrechamiento amistoso. Javier, en el curso de ese año, viajó a la Unión Soviética y a su vuelta pude verlo varias veces.

Más tarde, partió para Cuba. Los diarios, primero, y sus padres, luego, nos dieron a conocer la noticia de su trágica muerte, de su inmolación.

El mismo día en que los periódicos dieron cuenta de ella, en conversación con el editor Francisco Campodónico surgió el proyecto de reunir todos sus poemas publicados e inéditos. Campodónico asumió generosamente el costo de la edición de la misma. Así, se tuvo el libro a cuyos poemas acompañaron las cartas que Javier escribiera a sus padres y los homenajes que se le rindieron.

Poco o nada, tal vez, les digan a ustedes estas rápidas líneas. Pero quiero ser claro y preciso en mi valoración de Javier. Digo que fue un valioso poeta, un amigo pleno de bondad y de sana alegría, un hombre al que movieron ideales generosos a los que supo ofrendar —hecho muy raro— su propia vida.

(Lima, 13 de mayo de 1983)



Javier Heraud

Manuscrito sobre Javier Heraud / JAVIER SOLOGUREN

Recuerdo de Javier Heraud

Aunque con el lapsus de amistad con Javier, mi memoria me lo devuelve con un acontecimiento feliz y gratificante. En 1960, habiéndome iniciado yo, llevado por una vocación poética y un afán a las artes plásticas, en reducidos y modestos talleres de imprenta, la publicación de pequeños libros -cuadernos o plaguillas- de poesía peruana y extranjera. Se llamaba "Icaro" el taller, y "La Rana Teborada" le editorial.

Un día, Luis Albert Kalla, a la sazón vecino mío, me pasó en mano el texto de un poema largo que, me dijo, deseaba que yo leyera. Lo había impresionado en su simple calidez. Lo leí y tuve la certeza de que era un solo un hermoso poema fino, además, original y hondamente humano. Se trataba de H. H. y su autor era un joven estudiante de literatura de la Universidad Católica. Su nombre: Javier Heraud.

Decidí crear una colección en la que se estranarían los obras de poetas jóvenes que se hallaban inéditos. Le puse por título "Cuadernos del Houtanar" e invité a Luis Albert Kalla a coordinar conmigo dicha serie que, con tan buena suerte, se inauguraba con el poema de Javier. En ella aparecieron, entre otros, los primeros textos poéticos de Luis Heruacindeo y Antonio Cisneros.

Con ese motivo, llegué a conocer al poeta y al hombre excepcional, que se interpretaban armoniosa y fecundamente en Javier. Él fue quien, oca a casa para enterarse del curso que seguía su libro. Como se había a mano un trabajo artesanal, llevaba su tiempo, lo que una día ocasión para ir tratándolo, un día de recordadamente. Un solo yo, también una familia que lo preatendía y queriendo.

El río apareció y pronto llegó a despertar un notable interés entre intelectuales y críticos. En realidad, significaba una apertura a otra especie de expresión que, apartándose de su sabia sencillez, de las acentuaciones retóricas de siempre, marcaba la asunción de una ruta propia y promissora.

Luego, al año siguiente, Javier asistió a un curso de literatura que dictaba yo en la Universidad Católica. Fue ocasión de cordiales charlas y de un mayor estrechamiento de amistad. Javier, en el curso de ese año, viajó a la Unión Soviética y a su vuelta pudo verlas varias veces.

Más tarde partió para Cuba. Los días, primero, y los meses, luego, me dieron a conocer la noticia de la trágica muerte, de su violación.

El mismo día en que los periódicos dieron cuenta de ello, en conmemoración en el salita Francisco Campodónico surgió el proyecto de reunir todos los poemas publicados e inéditos. Campodónico asumió generosamente el costo de la edición de la misma. Así, se tiene el libro que a sus poemas, acompañando la carta que Javier escribió a sus padres, y los homenajes que se le rindieron.

Por lo tanto, tal vez, les digan a ustedes estas breves líneas. Pero quiero ser claro y preciso en mi valoración de Javier. Digo que fue un valioso poeta, un amigo pleno de bondad y de sana alegría, un hombre al que conocieron ideales fervorosos a la que supieron aprender - verla muy rara - su propia vida.

(Lima, 13 de mayo de 1982) Jaime Plafán